

En este período han fallecido muchos hombres distinguidos. Julio Janín, en julio de 1875. Gastineau, pintor á la acuarela, en febrero de 1876. Federico Lemaître, uno de los más célebres actores franceses, en el mismo mes de febrero.

LECCIÓN 37.^a

(Continuación de lo contenido en la lección 29, página 312.)

Campaña en Nuevo León. — Acción de Icamole. — Ataque á Cuernavaca. — Batalla de Epatlan y muerte del general Corella. — El general Díaz desembarca en la costa del Golfo. — Derrota y prisión del general Fidencio Hernández. — Decadencia del gobierno del señor Lerdo.

— ¿Qué ha pasado en la República desde mayo de 1876, hasta principio de 1878?

— La revolución *anti-reeleccionista* permaneció estacionaria por algunos días, pero pronto volvieron á reanimarse los partidarios de ella. El general Riva Palacio, que había permanecido retraído en la Capital, salió de ella el 9 de mayo, rumbo á la tierra caliente, y allí trató de organizar las diversas partidas, como en efecto lo verificó, amagando en todos esos días las poblaciones más importantes de Morelos, hasta el grado que hubieran los pronunciados ocupado el Estado entero, si no salen precipitadamente fuerzas federales de la capital. Riva Palacio se dirigió después á Tenancingo, y se reunió, finalmente, á las fuerzas del general Díaz. El 19 de mayo, Rodríguez Bocardo, guerrillero temido en los llanos de Apam y pronunciado en favor de Porfirio Díaz, fué sorprendido en el Ocotol, por las fuerzas rurales del coronel Escalona, y matado, así como seis de sus oficiales y treinta y siete soldados. Rodríguez Bocardo era

un hombre pequeño y al parecer insignificante, pero valiente, de prestigio en su vecindad y propietario de algunas fincas de campo.

El mismo día 19 las fuerzas del general González desocuparon el puerto de Matamoros, y volvió á posesionarse de la plaza don Bernabé Labarra. Poco después llegó el general Escobedo con tropas federales, y fué perfectamente recibido y obsequiado el 27 con un suntuoso banquete por los cónsules del Imperio Alemán y de los Estados Unidos del Norte. El general González hizo desde Tamaulipas hasta los Estados de Veracruz, Hidalgo y Puebla, una marcha militar difícil y peligrosa, y logró traer artillería y fuerzas que sirvieron á tiempo para decidir en Tecuac la suerte de la revolución.

En 20 de mayo las fuerzas del gobierno, mandadas por el general don Carlos Fuero, se encontraron en Icamole (Estado de Nuevo León) con las que mandaba el general Díaz y sus amigos Treviño, Naranjo, Charles y Vara. La acción fué reñida. Las tropas del general Fuero tuvieron 2 oficiales y sobre 100 hombres de tropa muertos ó heridos. Los porfiristas sufrieron muchas bajas y dejaron en el campo cosa de 25,000 cartuchos metálicos, 200 armas de fuego, y 125 soldados que fueron hechos prisioneros. Las demás fuerzas se retiraron en dispersión, y ya desde ese momento el general Díaz pensó trasladarse al Estado de Veracruz, como en efecto sucedió, según diremos más adelante.

El 23 de mayo á las nueve de la mañana, Inocencio Guerra, jefe pronunciado en el Estado de Morelos, atacó Cuernavaca y llegó hasta las calles más centrales. En esos momentos una fuerza federal de la mejor caballería, al mando del coronel Olivares, se presentó en la población y derrotó á Guerra, el cual se retiró herido en una pierna.

El 28 de mayo las fuerzas del gobierno, al mando del general don Ignacio Alatorre, atacaron cerca del pueblo de San Juan Epatlan á las que acaudillaban los generales Fidencio Hernández, José María Coutolene y Luis Terán, y que ascendían á cosa de 5,000 hombres. La acción fué reñidísima, y palmo á palmo se disputaban los contendientes el terreno. Comenzó la refriega á medio día, y sólo terminó al oscurecer, porque una fuerte tormenta envolvió el sangriento campo y separó á los combatientes. Los generales porfiristas Terán y Zamacona fueron hechos prisioneros, y el último herido. Las demás fuerzas enemigas se dispersaron en las sierras, dejando en el campo sobre 150 muertos, entre ellos el coronel Mauro Vázquez y el teniente coronel Rafael Garcés, y muchos heridos en los pueblos inmediatos. Por parte del gobierno constitucional, las pérdidas fueron de 130 muertos, 170 heridos y muchos dispersos; pero la pérdida más sensible fué la del general Diódoro Corella, herido por un casco de granada que le hizo pedazos la cara y el cráneo. Conducido á México á la casa del ministro Romero Rubio, se le prodigaron cuantos auxilios fueron posibles, sin éxito alguno: después de crueles sufrimientos falleció el 16 de junio.

Corella era un hombre impávido que se arrojaba al peligro y á la muerte con temeridad, y sus hazañas militares rayaban en fabulosas. Fué sentido de amigos y de enemigos.

Del 16 al 18 de junio fuerzas considerables de porfiristas atacaron á Pachuca y Tulancingo, pero fueron rechazadas con algunas pérdidas, entre ellas la del coronel Tito Flores. Toda esta brillante resistencia fué organizada por el licenciado don Justino Fernández, gobernador del Estado de Hidalgo, y que personalmente se batió como si fuese un viejo soldado.

Todos estos encuentros en que se derramaba mucha sangre, no determinaban claramente la situación. El señor Lerdo tenía sin duda la superioridad en tropas organizadas, buenos jefes y abundante material de guerra, pero no había, de buena ó de mala fe, la facultad práctica para terminar definitivamente, de una manera ó de otra, esta larguísima lucha. Lo más importante para el desarrollo de la revolución fué la llegada á Veracruz del general Porfirio Díaz.

— ¿Cómo fué ese importante y para el gobierno inesperado acontecimiento?

— Se refirió en el público de mil maneras, á cual más extraña ó inverosímil; pero lo más verídico es lo que sigue: El general Díaz pasó el río Bravo y se dirigió á Nueva Orleans, donde permaneció hasta la salida del vapor de la línea *City of Havana*, en el que se embarcó disfrazado. El vapor tocó ten Tampico, y allí se embarcaron con destino á Veracruz tropas del gobierno. Á pesar del disfraz, uno de los oficiales lo reconoció; entonces, entre ser aprehendido ó salvarse de cualquiera otra manera, prefirió esto último; y á pesar de hallarse enfermo, se arrojó al agua y nadó cerca de una milla. Los botes lo siguieron y lo alcanzaron cuando ya sus fuerzas se agotaban. En la noche lo volvieron á bordo, y lo ocultó un amigo de modo que, á pesar de haberse registrado todo el buque, no se le pudo encontrar. Al mismo tiempo que subía en esa noche á bordo y se ocultaba, echó al agua un salvavidas, lo que hizo creer á todos que era entonces cuando se había arrojado al mar, y que, ó bien había llegado á la playa, ó periclitado presa de los tiburones. Así continuó la navegación hasta Veracruz, y disfrazado de botero desembarcó en el mismo puerto en una de las lanchas que hacían la descarga. Auxiliado por sus amigos y partidarios, logró tener caballos, mozos y recursos para llegar á Oaxaca,

donde tomó el mando de las fuerzas y procuró dar á la campaña la unidad que le había faltado.

— ¿Los demás caudillos de la revolución en los Estados del interior, qué hacían entre tanto pasaban estos sucesos?

— Luchaban con diversa fortuna, experimentando duros reveses en la mayor parte de sus expediciones. El 31 de mayo, el coronel Adolfo Valle sorprendió en la hacienda de Ajuchitlan (Estado de Querétaro) una fuerza de porfiristas de cosa de 1,500 hombres, al mando de los generales Figueroa, Cortina y Martínez, la dispersó completamente, tomando 184 prisioneros y 47 heridos que quedaron en la hacienda. Los muertos, que pasaron de 60, fueron enterrados en la misma hacienda.

El 30 de junio fué derrotado el general Donato Guerra en Concordia, por el coronel Cristerna.

El 14 de julio, el general Fidencio Hernández fué derrotado y hecho prisionero por el general Sánchez Rivera, en un punto entre el Fortín y Monte Blanco. El 18 de julio, conducido por una fuerte escolta, llegó á México Fidencio Hernández, y fué encerrado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco, donde ya se encontraban don Luis Terán, don Feliciano Chavarría y don José Cosío Pontones. En 22 de julio, las tropas del gobierno ocuparon á viva fuerza á Actopan.

En los meses de agosto, setiembre y octubre 1876, las operaciones militares tuvieron menos importancia, quizá en espera del resultado de las elecciones. El general Alatorre, con las mejores fuerzas del gobierno, residió muchas semanas en Jalapa, y el general Díaz con parte de las suyas permanecía, al parecer sin dar paso á una campaña decisiva, estacionario en Oaxaca. En fin de agosto, el general Alatorre y el gobernador de Puebla don Ignacio Romero Vargas vinieron á la capital á concertar con el señor Lerdo un plan para batir á las fuerzas

de la sierra de Puebla y de Oaxaca, cuyo plan seguramente, y atendidos los resultados, no se llegó á formar. El general Alatorre, con una fuerte escolta, regresó á Veracruz, conduciendo la *conducta*¹ del comercio.

Por fines de setiembre, la situación del gobierno del señor Lerdo era ya bien precaria y comprometida. El 28, el general García de la Cadena derrotó en Santa Clara al coronel Ordóñez, el cual fué hecho prisionero y fusilado en unión de algunos de sus oficiales. El guerrillero don Alejandro Gutiérrez (llamado el Chato Alejandro) hacía frecuentes expediciones en las montañas de Ajusco, y algunas veces se acercaba á las puertas de la capital; las fuerzas de Oaxaca avanzaban á los Estados de Puebla y Morelos, y los serranos descendían en gran número sobre las ciudades de los valles.

— ¿Quiere decir que la cuestión militar estaba casi perdida por parte del señor Lerdo?

— No tanto como eso, pero sí era visible la decadencia de su autoridad, no precisamente por algunos reveses (que nunca faltan en una larga campaña), sino por lo que puede llamarse la *política*.

— ¿Explicadme cuál era esa política que influía funestamente en el desprestigio del gobierno del señor Lerdo?

— Cuando el señor Lerdo tomó posesión de la presidencia constitucional, debió haber cambiado su ministerio y los principales funcionarios administrativos, mal recibidos ya por el público, entre otras causas, por el largo período en que habían dominado durante la época del señor Juárez. Todos los partidos, mejor dicho, toda la nación, esperaba esto. Pasaron días y meses, y el señor Lerdo no sólo no formó un nuevo ministerio, pero ni aun lo completó al fallecimiento del señor Lafragua. Se

1. Conducta se llama á los caudales del comercio que caminan escoltados por fuerzas del gobierno, y se dirigen á los puertos para ser exportados.

vió entonces el fenómeno de que los mismos diputados lerdistas que habían atacado dura y tenazmente al personal del ministerio, tuviesen la debilidad de sostener á ese mismo personal, que contra viento y marea había querido conservar á su lado el señor Lerdo.

Á este justo motivo de descontento vinieron á añadirse otros muchos. El mismo día que estalló la revolución, se podía asegurar que no había un peso disponible para oponerse á ella y que ese gran número de tropas que tantos millones habían costado á la nación, estaban más bien *escritas* en el presupuesto, y las efectivas se hallaban dispersas aquí y acullá teniendo que recorrer grandes distancias, de modo que cuando llegaban al lugar del combate, estaban ya derrotadas por la fatiga y los sufrimientos. Los pagos á la lista civil cesaron enteramente, y los gastos militares se hacían ya con grandes dificultades, y muchos fuera de oportunidad. Diversos Estados impusieron contribuciones extraordinarias, y el gobierno federal, sin acabar de cobrar el primer 4 por 100, estableció en 19 de julio otra contribución extraordinaria pagadera en cortos plazos. Esto difundió la alarma en toda la ciudad, y desde ese momento se decidió magistralmente por el público que el gobierno del señor Lerdo tendría muy poco tiempo de vida.

LECCIÓN 38.^a

División del partido liberal. — El señor Lerdo acepta la reelección. — Último ministerio del señor Lerdo. — Crisis política. — Crisis militar. — Teacoac. — Fin del gobierno del señor Lerdo y su salida de la capital.

— ¿Qué aspecto tomaron las cosas, supuesto ese desprestigio del gobierno del señor Lerdo, y del cual me habéis dado una idea en el capítulo anterior?

— Los partidarios de Lerdo, que eran numerosos é in-

fluentes en toda la nación, procuraron sostener á la administración y hacer que recobrara la popularidad que había tenido en un principio; pero todo fué en vano.

— ¿Por qué razón?

— Porque se dividieron, y perdida la unidad se perdió la fuerza. Los unos opinaban que por cuantos medios lícitos ó ilícitos fueran imaginables, debía sostenerse la reelección. Los otros, como don Ramón Guzmán, que habló con verdad al señor Lerdo, y no habiendo podido lograr nada se marchó á Europa, creían, al contrario, que se debía prescindir de la reelección, amonestar al señor Lerdo para que terminado su período se fuese á Europa, ó prescindiese absolutamente de mezclarse en la política; y añadían que de esta manera se terminaba enteramente la revolución *reeleccionista*, y el señor Lerdo quedaba como seguro candidato para el otro período constitucional.

— ¿Qué actitud guardaba el señor Lerdo en este conflicto?

— No decía una sola palabra que indicase su voluntad, ni en un sentido ni en otro, y sus amigos y partidarios no se atrevían tampoco á hablarle con la debida franqueza.

— ¿Qué fin tuvo esta lucha?

— Los partidarios de la reelección obtuvieron de pronto el triunfo. Los trabajos se redoblaron en todos los Estados; una comisión de diputados que se acercó al señor Lerdo, obtuvo su aceptación para el nuevo período presidencial. Las elecciones secundarias para presidente de la República y magistrados de la Corte de Justicia, se verificaron con regularidad el primer domingo de julio (1876) en toda la República, exceptuando algunos distritos ocupados por fuerzas porfiristas, y desde luego los diversos partes telegráficos anunciaron que el señor Lerdo había obtenido la mayoría. Esto dió

un mayor impulso á la revolución armada, y dividió clara y marcadamente al partido liberal en tres fracciones: lerdistas, porfiristas, iglesistas. Estos últimos, que en su mayor parte eran antes amigos de Lerdo, no opinaban por la reelección, ni por el general Díaz, y creían que el poder debía recaer en el licenciado don José María Iglesias, presidente de la Corte Suprema de Justicia. En vano se trató de una fusión para fortalecerse contra el enemigo armado; en vano se imaginaron medidas conciliatorias. La revolución moral se manifestó en el mismo congreso, y los pocos amigos que habían quedado al señor Lerdo, para aclarar la situación, ya bastante grave, manifestaron decididamente su descontento con el ministerio, especialmente contra el general don Ignacio Mejía, que fué objeto de fuertes invectivas en la tribuna y en la prensa, acusándole de traicionar al presidente para su provecho personal, y se le hizo responsable de una manera pública en los corrillos, de los desastres sufridos en la campaña de Oaxaca y Puebla por las tropas federales. En el curso de días y semanas que se pasaban en estos debates, el señor Lerdo, casi forzado, no cambió, sino modificó el ministerio, pero como quien dice, á última hora, y sin que le diese el resultado que se esperaba.

El nuevo ministerio se compuso como sigue, y comenzó á funcionar el 31 de agosto de 1876:

Ministro de Relaciones, licenciado don Manuel Romero Rubio; Gobernación, licenciado don Juan José Baz; Justicia, oficial mayor encargado, don José Díaz Covarrubias; Fomento, licenciado don Antonino Tagle; Guerra, general don Mariano Escobedo; Hacienda, permaneció don Francisco Mejía.

En el gobierno del Distrito continuó el licenciado don Joaquín Othón Pérez.

— ¿Cómo vino á terminar esta situación tan comprometida?

— La verdadera crisis se determinó por tres causas: La miseria del tesoro federal, la reelección, la actitud del presidente de la Corte de Justicia.

— Explicadme esto, aunque sea brevemente.

— El 26 de setiembre (1876) el congreso de la Unión se erigió en colegio electoral. Los debates fueron acalorados y violentos, pero con todo y ello el señor Lerdo de Tejada fué declarado presidente de la República por 122 votos contra 49. Algunos diputados no concurrieron á la sesión. Al día siguiente 27, el presidente de la Corte de Justicia don José M.^a Iglesias dirigió una comunicacion á la misma Corte, toda de su letra y fechada en México, desconociendo la elección hecha por el Congreso, y anunciando que no renunciaba su puesto, pero que no concurriría á la Corte, hasta que no se restableciera el orden constitucional, que creía interrumpido por la reelección del señor Lerdo. El licenciado don Manuel Alas, como fiscal, apoyó esta especie de protesta, y votaron á favor de ella los magistrados Montes, Ignacio Ramírez, Guzmán (D. Simón), García Ramírez y el mismo Alas. El licenciado Iglesias, que desde días antes, con pretexto de enfermedad, había permanecido oculto, salió de la ciudad en compañía de su amigo don Joaquín Alcalde, tomando el rumbo de Toluca hasta la hacienda del Salitre, propiedad de don Ignacio Mañón; de allí, con las seguridades posibles, continuaron rumbo al interior, resultando en el Estado de Guanajuato, donde tenían de antemano inteligencias, y fueron bien acogidos por el gobernador Antillón y la Legislatura. Don Guillermo Prieto salió uno ó dos días después, tomando el camino de Riohondo.

No obstante esto, el mismo día 27, con salvas de artillería, repiques y cohetes, fué publicado el bando que declaraba presidente reelecto al señor Lerdo. El gobierno parecía despreciar todos estos graves acontecimientos, y quiso dar muestras de vigor mandando reducir á prisión á los

magistrados iglesistas; pero el golpe de gracia estaba dado.

— ¿Cómo siguieron desarrollándose tan fatales acontecimientos?

— Á la crisis política siguió necesariamente la militar. El gobierno tenía que hacer frente á la revolución del general Díaz, creciente en los Estados de Oaxaca, Puebla y Veracruz, y á la revolución de Iglesias, que patrocinada por las fuerzas del Estado de Guanajuato se había propagado por el interior. A principios de noviembre salió el general Loera rumbo á Querétaro, pero se encontró con fuerzas iglesistas de la Sierra. El día 3 de noviembre salió el general don Francisco Vélez con artillería, y llegó á Querétaro. El día 5 se supo en la capital que el general Tolentino se había pronunciado en Apizaco en favor del general Díaz, quedando interrumpida la línea del ferrocarril de Veracruz. El general don Ignacio Alatorre, que se hallaba en México, no pudo ya regresar por el ferrocarril, y después de varias conferencias con el gobierno, y de formar este ó el otro plan, se resolvió que se atacaría decididamente al enemigo. El general Alatorre con sus ayudantes y una corta escolta, tomó el solitario camino de Riofrío y logró ponerse á la cabeza de sus tropas, dirigiéndolas desde luego á combatir con las del general Díaz. El 16 se encontraron las dos fuerzas en un punto llamado *Tecoac*, entre Huamantla y el Pinal. En momentos la división del gobierno se vió envuelta y cortada por las fuerzas del general González; el ánimo no estaba ya muy fuerte y la moral se acabó de perder. La artillería, parque, mulas, equipajes, todo quedó en poder de los porfiristas; y el general Alatorre, con miserables restos, entró en Puebla, y de allí inmediatamente se dirigió á la capital en compañía del gobernador don Ignacio Romero Vegas. Es voz general que en esta acción no hubo ni aun 80 muertos y heridos entre los dos contendientes.

Sea de esto lo que fuere, el desconcierto fué general en la Capital. El general Escobedo se presentó al Congreso asegurando que había cinco mil hombres en Puebla á favor del gobierno, pero esos cinco mil hombres se pusieron á disposición del general Díaz, que ocupó la plaza el 19.

— ¿Qué hizo el señor Lerdo y sus partidarios en tan tremendo conflicto?

— No obstante las promesas de resistencia del ministro de la Guerra, el señor Lerdo arregló como pudo sus asuntos particulares, y en la madrugada del día 20 salió de la capital rumbo á Toluca, acompañándolo sus ministros Romero Rubio, Baz, Escobedo, Mejía (don Francisco), y algunas otras personas más. El Congreso se disolvió desde en la tarde, y los lerdistas de más importancia se ocultaron. Los iglesistas creyeron ya el triunfo seguro para ellos. Los presos políticos detenidos largos días en Santiago, recobraron su libertad.

El mando de la ciudad abandonada por las supremas autoridades, quedó á cargo del general don Francisco Loaeza; de gobernador interino el licenciado don Protasio Tagle; de jefe de la policía el general don Aureliano Rivera; y de inspector don Feliciano Chavarría.

Así terminó antes del período legal, el gobierno del presidente constitucional don Sebastián Lerdo de Tejada.

LECCIÓN 39.^a

Entrada á la capital del general Porfirio Díaz. — Plan de Tuxtepec reformado en Palo Blanco. — Organización del ministerio en México. — El señor Iglesias en Guanajuato. — El general Méndez queda encargado del Ejecutivo. — Negociaciones. — La campaña del general Díaz en el Interior. — Marcha del señor Iglesias para el Manzanillo y San Francisco. — Su regreso á México. — El señor Lerdo se embarca en Acapulco y llegada á Nueva York.

— ¿Cómo siguió la ciudad después que la abandonaron las autoridades constitucionales?

— Expuesta á las contingencias que trae consigo la falta de un gobierno, bien que en México se ha experimento ya, que nunca están mejor los habitantes que cuando no tienen sino autoridades transitorias y simplemente municipales.

— ¿No hubo algunos desórdenes, robos ó asesinatos?

— Afortunadamente nada lamentable ocurrió, y salvo algunas reuniones poco numerosas que recorrieron las calles gritando mueras á Lerdo y tirando una que otra pedrada, el orden se conservó. El 24 de noviembre en la tarde entró á la capital el general Porfirio Díaz acompañado de don Feliciano Chavarría que lo salió á recibir. El domingo 26 hicieron su entrada solemne las fuerzas llamadas constitucionalistas, que se componían en parte de los indios de la sierra de Oaxaca y Puebla, mal vestidos, por no decir casi desnudos, y con un armamento incompleto y de diversos calibres, y en parte de tropas lerdistas (momentos antes), que habían sido refundidas é incorporadas y que presentaban un mejor aspecto. El 26 por bando solemne se publicó el plan de *Tuxtepec* con las reformas hechas en *Palo Blanco*, y quedó el general Díaz de presidente provisional como general en jefe del ejército constitucionalista que había triunfado. De pronto se cortaron las comunicaciones con Guanajuato. — El 28 el general Díaz organizó el ministerio como sigue :

Relaciones, Lic. D. Ignacio Vallarta.
Gobernación, Lic. D. Protasio Tagle.
Justicia, Lic. D. Ignacio Ramírez.
Fomento, Lic. D. Vicente Riva Palacio.
Hacienda, Lic. D. Justo Benitez.
Guerra, Lic. D. Pedro Ogazón.

OFICIALES MAYORES.

1.º de Relaciones, Lic. Alfredo Chavero.
2.º de Gobernación, Lic. Luis Curiel.
4.º de Fomento, Lic. Ignacio M. Altamirano.

5.º de Hacienda, Lic. Nicolás Pizarro Suárez.
6.º de Guerra, general Justo Álvarez.

Para gobernador del distrito se nombró á don Agustín del Río.

Como por el plan de Tuxtepec los empleados y funcionarios de todas las clases fueron separados de hecho del servicio, las oficinas quedaron solas, el despacho se hizo con dificultad, y el nuevo gobierno, además del personal del gabinete que queda mencionado, tuvo que hacer inmediatamente diversos nombramientos de jefes y empleados subalternos. El personal de directores y profesores de los establecimientos de instrucción pública, con señaladas excepciones, adoptó el plan de Tuxtepec, quedando en el desempeño de sus cátedras.

Los vencidos temían ser perseguidos de diversas maneras; pero pasaron días sin que el gobierno diese providencia alguna, de modo que poco á poco fueron dándose á luz y apareciendo en las calles los lerdistas.

El general don Ignacio Mejía, desde que se separó del ministerio de la Guerra, había permanecido retirado en su casa en la calle de Capuchinas. El general Díaz lo llamó á su presencia, y en términos algo duros le significó que saliese de la República. El 1.º de diciembre partió el general Mejía para Veracruz, donde permaneció algunos días esperando la salida de un vapor. Se embarcó por fin para la Habana, donde permanecía hasta diciembre de 1877.

Hemos casi olvidado al magistrado Iglesias, á quien dejamos en el Estado de Guanajuato.

— ¿Que le pasó?

— Brevemente lo referiremos. Con no pocos riesgos y fatigas hizo el camino desde la capital á Guanajuato. Fué recibido por las autoridades y tropas con los honores debidos al rango que tomó de presidente interino constitucional de la República. Organizó desde luego su

gobierno nombrando á pocos días su ministerio de personas *de talla*, como se dijo en diversos documentos impresos que circularon en esos días.

El ministerio del señor Iglesias se compuso como sigue:

Guerra, General D. Felipe Berriozábal.
Hacienda, Lic. D. Emilio Velasco.
Fomento, Lic. D. Joaquín Alcalde.
Relaciones, Lic. D. Francisco Gómez del Palacio.
Justicia, encargados D. Guillermo Prieto, y después D. Alfonso Lancaster Jones.

Algunos otros partidarios del señor Iglesias, de menos categoría, que salieron de México á ese nuevo gobierno, fueron colocados inmediatamente en los ministerios y en otros puestos de importancia. El señor Iglesias había publicado en Salamanca un programa que no agradó en general, porque se prometía en él hacer cosas imposibles en el corto período que debía permanecer en la presidencia. Los militares, especialmente, consideraron como una amenaza este documento tan importante en las circunstancias en que se expidió. Sea de esto lo que fuere, la revolución iglesista tuvo de pronto eco en el interior, aceptándola las tropas federales que habían servido á la última administración. Llegáronse á reunir casi 16,000 hombres, decididos á sostener la presidencia del señor Iglesias, y éste por un momento tomó una actitud imponente.

Como el general Díaz, según se ha dicho, ocupó la Capital, reasumió el carácter de presidente provisional y organizó su gobierno, había necesidad de que los dos gobiernos se fundieran en uno solo, ó desapareciera uno de los dos. Se establecieron negociaciones por el telégrafo. Iglesias concurrió personalmente á la oficina telegráfica de Querétaro, y el general Díaz comisionó al licenciado don Justo Benítez. Los telegramas que se cam-

biaron fueron secos y aun descortesés y dieron por resultado que quedasen definitivamente rotas las negociaciones que desde muy antes se habían entablado bajo el nombre de Convenios de Acatlan para ponerse de acuerdo las dos entidades que se propusieron derribar á Lerdo.

Un sentimiento de tristeza se difundió por toda la nación al saberse estos acontecimientos, pues se creyó que el país iba á ser devorado por una larga y sangrienta guerra civil. Nada de esto sucedió, como lo diremos en breve.

En 1.º de diciembre de 1876 el presidente de la Corte de Justicia, licenciado don José María Iglesias, publicó en Querétaro un manifiesto dando cuenta de las negociaciones de que se acaba de hablar, y en 29 de noviembre ya había publicado en México el ministro de Gobernación licenciado don Protasio Tagle, una circular en que daba cuenta de lo ocurrido con el señor Iglesias.

Una vez que terminaron las negociaciones que no tuvo voluntad de reanudar el general Díaz, dispuso que comenzasen á salir sus tropas, y en los primeros días de diciembre había en camino para Querétaro más de 10,000 hombres con un tren formidable de artillería.

El día 6 del mismo diciembre se publicó un decreto por el cual el general Díaz nombró á don Juan N. Méndez para que lo sustituyese en el poder con el título de *General 2.º en jefe del ejército constitucionalista y presidente interino de la República*.

El 11 á medio día salió el general Díaz para la campaña contra Iglesias, seguido de 1,200 caballos.

Apenas supo Iglesias este movimiento, cuando desocupó á Querétaro, y el general Díaz entró en la plaza sin encontrar resistencia.

Los amigos de la paz, y los iglesistas que veían por momentos escaparse el poder y los empleos de sus manos, procuraban con grandes esfuerzos reunir á los dos caudillos. Se logró que hubiese una conferencia personal

en la hacienda de la Capilla (cerca de Celaya), la que se verificó el día 21 (diciembre) sin que produjera resultado alguno favorable. Iglesias se retiró á Silao, de donde salió el 25 para Guadalajara, esperando encontrar allí el apoyo del general don José Ceballos y de las buenas tropas que tenía á sus órdenes. Todo fué en vano; el general Díaz avanzaba rápidamente, y las guarniciones de tropas lerdistas desconcertadas, sin un jefe que pudiera dominar las ambiciones, se ponían hasta por el telégrafo á disposición del gobierno establecido en México. Uno de los partidarios del general Díaz, el doctor Martínez, se presentó con fuerzas para atacar las de Antillón. Éste trata de librar una batalla, y en el punto de los Adobes comienza un cañoneo que termina á poco con la rendición de las principales y mejores tropas del Estado de Guanajuato. Antillón se separa de todo mando político y militar, viene á México y sale después para Europa, donde se encuentra todavía. Es voz pública que no hubo en esta que se llamó acción de los *Adobes* más que un muerto y dos ó tres contusos. Sea de esto lo que fuere, la marcha del general Díaz fué un verdadero paseo militar, y en pocos días cayeron como castillos de baraja todos los aprestos militares del interior, y como consecuencia forzosa, las demás guarniciones de las costas del sur, de los puertos del Golfo y de los Estados fronterizos, fueron sometiéndose al nuevo orden de cosas.

Iglesias publicó, con fecha 2 de enero de 1877, otro manifiesto en Guadalajara, dando cuenta á la nación de lo ocurrido en la hacienda de la Capilla; pero seguido muy de cerca por el general Díaz, tomó el rumbo del Manzanillo, adonde llegó con su comitiva el 12 de enero. El 17 se embarcó en el vapor *Granada* con destino á Mazatlan, pero como el puerto se había ya pronunciado por el plan de Tuxtepec, tuvo que seguir en el mismo buque á San Francisco de California, donde llegó el 25.

Parte de la comitiva quedó en Mazatlan, y los principales personajes siguieron con él. De San Francisco, por el camino de fierro, pasó á Nueva Orleans y después á Nueva York, hasta que desistiendo de sus derechos se resolvió á regresar á México, como lo verificó. La mayor parte de sus partidarios habían ya venido á la Capital, donde han sido recibidos con clemencia por el general Díaz y colocados en los principales puestos públicos. Guillermo Prieto regresó pocos antes que Iglesias, y apartado de la política, ha vuelto á las ocupaciones literarias, y publica sus impresiones de viaje á los Estados Unidos, que será un libro precioso que servirá de lenitivo á las penas de todos los que perdieron en esta sin igual revolución que terminó de la manera que no hubiera podido prever ni el más consumado y veterano de todos los políticos de Europa y América.

El general Díaz regresó dejando sometido á todo el interior y costa del Pacífico, y el 11 de febrero en la tarde entró á la Capital, habiendo sido recibido solemnemente por las autoridades y tropas de la guarnición.

— Á quien sí hemos olvidado completamente es al señor Lerdo de Tejada, y desearía saber lo que le aconteció en su viaje.

— No es extraño que se olvide á los que caen, y que en vez de tener mando, van prófugos y desvalidos; pero el historiador no debe olvidarlos dejando incompleta la breve narración del triste fin de la primera presidencia constitucional de don Sebastián Lerdo.

El señor Lerdo paseó tranquilamente por el jardín de la plaza mayor de México hasta hora muy avanzada de la noche, en compañía de su particular amigo el general don Miguel Auza. Cuando todo estaba listo y era tiempo, montó en una carretela y salió rumbo á Tacubaya. Allí

se organizó la comitiva compuesta de los secretarios de Estado y algunos empleados, numerosas escoltas, y mulas con dinero y equipajes. Caminaron despacio y así llegaron á Lerma y después á Toluca. De Toluca tomaron el rumbo de Morelia, donde pensó el señor Lerdo que encontraría tropas y otros elementos de resistencia, de modo que en esos momentos no tenía la intención de abandonar el país. El recibimiento un tanto frío que le hicieron en Morelia, el desconcierto que comenzó á reinar aun en las mismas escoltas y la desconfianza en que entraron los altos personajes fugitivos, lo decidieron á buscar la costa, pero ya no tenía otro medio de hacerlo sino por los despeñaderos, vericuetos y enrucijadas de la tierra caliente de Michoacán.

En esos días hubo realmente en la República tres presidentes, cada uno con su ministerio y los tres invocando en su favor la constitución de 1857. Difícil es que el hombre imparcial, y mucho menos la juventud, comprenda quién tiene razón en este laberinto de la política. Por ahora nos hemos ceñido á consignar los hechos. Más tarde vendrá la crítica de los acontecimientos.

Muchas y muy contradictorias noticias se dieron en México relativas al señor Lerdo. Unos decían que había sido asesinado; otros que estaba prisionero de sus propias escoltas; otros que los soldados se habían pronunciado y robado todo el dinero; en fin, había quien asegurase que en cierto paraje fué colgado de los pies en un árbol ó ahogado en un río. Lo cierto fué que, caminando á caballo con infinitas penalidades por lugares escabrosos y despoblados, llegó á las orillas del Mexcala y allí fué detenido por Pioquinto Huato. El general don Diego Álvarez, uno de los amigos fieles al señor Lerdo en su desgracia, mandó ponerlo en libertad y proporcionar el que llegase seguro á Zihuatanejo y de allí á Acapulco, donde todos se embarcaron en el vapor ame-

ricano que los condujo á Panamá y de allí á Nueva York.

El 4 de marzo el *Monitor Republicano* publicó diversos párrafos de periódicos de los Estados Unidos donde se refería que habían sido perfectamente recibidos el señor Lerdo y sus ministros. Con motivo de las diferencias entre México y los Estados Unidos, el señor Lerdo publicó en Nueva York con fecha 7 de junio una protesta manifestando que cumpliría con los deberes de mexicano, y dando á entender que no prescindía de los derechos que tenía como presidente constitucional de México.

El señor Lerdo se encontraba en fin del año de 1877 en Nueva York en compañía de su secretario de Relaciones don Manuel Romero Rubio; el señor Baz marchó á París por causa de su salud, y el general Escobedo ha recorrido la frontera, trabajando por una restauración que unos consideran que no tardará, y otros como de todo punto imposible.

LECCIÓN 40.^a

El general Díaz es electo presidente. — Instalación de la Cámara de diputados. — Instalación del Senado. — Ministerio en fin del año de 1877. — Dificultades con los Estados Unidos del Norte. — Don Carlos en México. — Muerte del general Santa Anna y de otras personas notables.

— ¿Cómo aseguró el general Díaz su permanencia en el poder?

— No obstante los aprestos de la campaña, los manifestos de Iglesias y la presencia aun en el país de don Sebastián Lerdo de Tejada, el gobierno interino del general Méndez continuó lo que se llamó la reconstrucción política, nombrando gobernadores interinos de los